

Conversaciones |  | en invierno

INOCENCIO MARTÍN VICENTE

Superior y coordinador de los Jesuitas en Asturias

## «Los Jesuitas tenían una gran influencia que pudo herir, pero no se merecían la extinción»

«Francisco practica el discernimiento, que es todo lo contrario a improvisar sin pensar, sin consultar, sin rezar»

Gijón, J. MORÁN

El jesuita Inocencio Martín Vicente es desde el pasado septiembre el superior pro-delegado (coordinador) de la Plataforma Apostólica de Asturias de la Compañía de Jesús, que abarca, en Oviedo, el Colegio San Ignacio y la iglesia del Sagrado Corazón (Las Salesas), y en Gijón el Colegio de la Inmaculada, la Fundación Revillagigedo, el Hogar de San José y las parroquias de Tremañes y Natahoyo. A ello se suma centros para universitarios (Centros Loyola de Gijón y Oviedo), y Comunidades de Vida Cristiana (CVX), más la Casa de Ejercicios Espirituales de Celorio (Llanes). Los Jesuitas también llevan capellanías en el Hospital de Cabueñes y en el Centro Médico Oviedo, así como el CAIF (Centro de Atención Integral a Familias, en el Natahoyo), y la delegación de Entreculturas, una ONGD jesuita.

Nacido en Ciudad Rodrigo (Salamanca), hace 69 años, Inocencio Martín, «Chencho», estudió en el Seminario de esa diócesis y a los 22 años ingresó en la Compañía de Jesús, en Salamanca. Fue «maestrillo», o profesor en prácticas, en el Colegio de la Inmaculada y después estudió Teología en la Universidad de Comillas (Madrid). Posteriormente realizó la última etapa de formación de la Compañía, la «Tercera Probación», en Canadá (Quebec) y Roma. Fue párroco de San Esteban del Mar del Natahoyo (Gijón) y más tarde formador de jóvenes jesuitas. Antes de llegar a Asturias, fue superior de la Compañía en Burgos. Su especialidad es la pastoral y los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola.

Los jesuitas de Asturias celebran a partir de mañana el bicentenario de la restauración de la Compañía en 1814, extinta durante 40 años.

—¿Merecían los Jesuitas que el Papa extinguiera la Compañía en 1773?

—Algo mal habríamos hecho. Sin embargo, leyendo a historiadores de la Compañía como Ferrer Benimeli o Revuelta, ciertamente, en conjunto, fue una ignominia. Es decir, una injusticia y una obsesión fija de Carlos III, que es quien combate para que la Compañía sea expulsada de España y después sea extinguida. Realmente los Jesuitas tenían tal nivel de influencia y de incidencia en la sociedad, e incluso en las cortes europeas, que llegó un momento en

el que tal vez el orgullo jesuítico pudo herir también a otras órdenes religiosas o a la Iglesia y a los Borbones. Pero las consecuencias de ello fueron tan injustas y tan desproporcionadas que por eso hablo de ignominia. Tal vez necesitábamos una purificación, pero no tanta.

—El Papa que decretó la supresión de la Compañía, Clemente XIV, era franciscano, como el arzobispo de Oviedo.

—Pura coincidencia. Clemente XIV estaba muy dudoso. Era un hombre de carácter débil y creo que no veía clara la extinción. Pero la presión a la que le sometieron las cortes borbónicas fue tal que terminó cediendo. Parece ser que fue elegido Papa con la condición de que suprimiera la Compañía, y que lo iba a hacer inmediatamente, pero tardó tres años. Y la presión de los Borbones es un dato rigurosamente histórico. José Moñino, después Conde de Floridablanca, fue embajador de Carlos III en Roma para estar cerca del Papa y sus alcañanes con el objetivo de lograr la supresión.

—Los jesuitas que quedan se refugian durante 40 años en la Rusia de Catalina la Grande, que no suprime la Compañía, y en los Estados Pontificios.

—En un principio, algunos Estados Pontificios no les recibieron y anduvieron perdidos por el Mediterráneo. Y donde la Compañía pervivió fue en la Rusia Blanca de Catalina II, por cierto, ortodoxa, y en Prusia, con Federico II, protestante. Lo que el catolicismo rechazaba, el luteranismo y la Iglesia ortodoxa lo aceptan, si bien por razones de conveniencia, ya que la educación estaba en manos de los Jesuitas y les interesaba que siguieran cubriendo esa faceta.

—¿Qué espera la Compañía de la celebración del bicentenario?

—Estamos en una situación no fácil, sobre todo, por la disminución de efectivos. Hay también una crisis clarísima de Dios y de la fe. Queremos acometer estas situaciones con fidelidad creativa, es decir, que nunca como ahora habíamos dado importancia a los laicos en la Iglesia y tampoco en la Compañía. Por otra parte, se había dado un modo de trabajo muy individualista, de tal manera que cada centro se lo guisa y se los come. Eso ya no vale y menos en un mundo donde se trabaja en red y en colaboración. De ahí las platafor-



ÁNGEL GONZÁLEZ

El jesuita Inocencio Martín, en la redacción de LA NUEVA ESPAÑA de Gijón.

## Ciclo de conferencias sobre la restauración de la Compañía en 1814

Los Jesuitas de Asturias celebran a partir de mañana el bicentenario de la restauración de la Compañía de Jesús (1814), que durante 40 años había desaparecido tras la extinción decretada por el Papa Clemente XIV en 1773. Con ese motivo el jesuita y escritor Pedro Miguel Lamet, dictará en Oviedo, mañana, lunes 17, la conferencia «Supresión de la Compañía en España (1767): Un drama de novela» (Club de Prensa Asturiana de LA NUEVA ESPAÑA), y en Gijón al día siguiente (Escuela de Hostelería). El historiador jesuita Alfredo Verdoy hablará el miércoles 19 en Oviedo de la «Restauración de la Compañía (1814)», en la Sala de Cámara del Auditorio Príncipe Felipe, y en Gijón el día 20 (Escuela de Hostelería). Las cuatro conferencias comenzarán a las 19:30 horas.



## Nunca como ahora habíamos dado importancia a los laicos en la Iglesia y en la Compañía

mas apostólicas y la figura de prodelegado provincial en Asturias, para que los trabajos converjan y se coordinen.

—Pero tienen poco que ver, por ejemplo, la Fundación Revillagigedo, de Formación Profesional, con el colegio San Ignacio de Oviedo.

—Pero pretendemos que la concepción y la identidad sea la misma, incluso en el profesorado. En estos

meses que llevo aquí tanto en los directores como en los claustros encuentro gran receptividad y acogida a la posibilidad de una convergencia. Naturalmente no son lo mismo, incluso, la Inmaculada, que está en el corazón de la ciudad, que el colegio de Oviedo, que es casi como un internado, para profesores y alumnos, desde las ocho y media de la mañana a las cinco y media, lo que significa más horas de permanencia. Son elementos específicos que respetamos, y que a veces hacen más difícil la convergencia, pero no la concepción.

—Hace años los jesuitas rechazaban trabajar en los colegios para así acudir a obras más sociales. ¿Perdura esa idea?

—Hay un retorno a los colegios. En los años en que yo me formaba como jesuita había cierta aversión hacia los colegios, pero hoy los jesuitas jóvenes lo consideran un buen trabajo y una buena misión de servicio. Y en los colegios ha surgido la

sensibilidad social sobre los elementos de exclusión y de marginación.

—¿Cuántos inmigrantes estudian en los colegios de Jesuitas de Asturias?

—En la Fundación Revillagigedo hay una proporción significativa. En los otros dos no hay ninguno. Por un lado, los criterios de admisión, puestos por la Administración, permiten que tengan preferencia los hijos de antiguos alumnos, o de profesores, o con hermanos en el centro, y eso va creando una especie de circuito al que no es fácil acceder. Por otra parte, si estos colegios pueden seguir adelante es gracias a las cuotas voluntarias para actividades complementarias, que pagan el 85 por ciento de las familias. Pero no todos pueden pagarlas. Seamos sinceros.

—¿Cómo reaccionó usted el día que el jesuita Bergoglio fue elegido Papa?

—Con expectativa y esperanza. Bergoglio, él mismo lo ha contado, tuvo ciertas dificultades y crisis cuando fue superior provincial de la Argentina. Dada su juventud y su carácter, a veces tomó medidas un tanto autoritarias que crearon animadversión. Eso nos había llegado, pero también la imagen de Bergoglio como gran obispo sensible a la cuestión social y a los pobres. Yo había leído el documento final de la Conferencia de Aparecida, que me gustó mucho, y sabía que él había sido su inspirador. Entonces me dije: «A ver por dónde sale». Casi al día siguiente el Padre General de la Compañía, Adolfo Nicolás, le llamó y hablaron. A partir de ahí se ha dado una buena relación con la Compañía y a mí realmente me está entusiasmando.

—¿Qué destaca de su primer año de Pontificado?

—Algo que a primera vista no se percibe. En la entrevista que dio a las revistas de los Jesuitas dijo que su modo de gobierno es el discernimiento. El discernimiento es todo lo contrario a improvisar, todo lo contrario a tomar medidas a la primera o sin pensar, sin reflexionar, sin rezar, sin consultar, sin hacerse cargo de la realidad. Y el discernimiento genera unas decisiones tomadas con gran libertad, de tal manera que en todos esos gestos y en esa manera de funcionar hay mucho de forma de ser y de temperamento, pero yo creo que también hay detrás una labor de discernimiento. Es difícil que las dificultades le venganzan, porque las decisiones están gestadas y cocinadas en el proceso de discernimiento, que, repito, da gran libertad interior y seguridad.

—Pablo VI, Juan Pablo I (en intención) y Juan Pablo II amonestaron y corrigieron a la Compañía. ¿Qué ha supuesto Francisco?

—Juan Pablo I tenía una carta preparada para llamar la atención a los Jesuitas. Pasados los años, en el Vaticano casi no se podía pronunciar el nombre del Padre Arrupe, el superior general de los Años difíciles, por la historia pasada, pero Benedicto XVI, que terminó poniéndose en brazos de la vida religiosa, lo pronunció. Y elogiándole. En cuanto a Francisco, lo más importante es que el espíritu de San Ignacio y el modo de gobierno mediante el discernimiento refuerce a la Iglesia, y si anexo a ello va el refuerzo de la Compañía, pues bien.